HOMILÍA DEL OBISPO FERNANDO VALERA

ASCENSIÓN DEL SEÑOR. APERTURA DE LA CAPILLA DE ADORACIÓN PERPETUA

Somos una Iglesia que escucha, que camina unida, una Iglesia que late al ritmo del corazón de los hombres y mujeres de nuestros pueblos y ciudades. Por eso, al acoger la Palabra de Dios que se nos ha proclamado, resuenan con una fuerza especial esas palabras de Jesús resucitado antes de subir al Padre: *«Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra»*.

No es el poder de los que mandan en el mundo, no es la fuerza que aplasta o que excluye. Es el poder de Dios, y el poder de Dios consiste, fundamentalmente, en **tres realidades que hoy tocan nuestra vida: La adoración, la intercesión y el anuncio**. Pero para vivir este poder, hermanos, necesitamos aprender a **ver con el corazón**.

Nos consolaba escuchar que, al subir al cielo, Jesús no se ha despojado de nuestra carne. ¡Nuestra humanidad está en Dios para siempre! En el seno de la Trinidad hay un corazón de hombre que late por nosotros, que muestra al Padre sus llagas y que *«está siempre vivo para interceder»*. El Espíritu de Jesús es nuestro abogado.

Qué providencial es que, precisamente hoy, **abramos en nuestra diócesis una Capilla de Adoración Perpetua**. ¡Qué inmenso regalo! El Señor nos prometió: *«Yo estoy con vosotros todos los días»*, y a partir de hoy, esta capilla será el corazón latente de nuestra Iglesia zamorana, un faro encendido día y noche. Es ahí, postrados ante la Eucaristía, donde el contacto con el Cuerpo de Cristo va transformando nuestra mirada. **El contacto con la Carne de Jesús, su cuerpo eucarístico, prepara nuestros ojos para ver con el corazón de nuestro Señor.**

La adoración nos transforma para el envío: *«Id y haced discípulos»*.

Para anunciar, es imprescindible **ver con el corazón**. Como nos enseñaba el Papa Francisco en *Lumen Fidei*: *la fe no sólo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver*. Es un mirar la realidad desde el Señor. Un corazón tocado por la gloria de Dios puede contemplar su gracia oculta en todas las acciones cotidianas y transmitir esta experiencia.

Como los discípulos de Emaús, que decían: *«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?»*, es ese ardor que la Palabra va suscitando en nosotros lo que nos pone en movimiento. Esta hermosa dinámica transforma nuestros ojos: la Palabra trabaja por dentro y la Eucaristía nos configura con Cristo. Así, la realidad cotidiana —con sus luces y sus sombras— se contempla desde un interior transfigurado. San Pablo nos lo deseaba en la segunda lectura: *«Que el Señor ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama»*.

Con esa mirada nueva, Jesús nos promete: *"Yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos".* Esto nos hace **personas con esperanza»**: mansos pero decididos; confiados pero activos en la caridad; creativos y solidarios. Este es el estilo con el que estamos llamados a recorrer las calles de nuestros pueblos de Aliste, de Sayago, del Pan y el Vino, de Benavente, de Toro y la Guareña; y de nuestra ciudad de Zamora. La Adoración Perpetua que hoy inauguramos no nos aleja del mundo, sino que nos llena de la mirada de Dios sobre el mundo.

Hoy el Señor nos invita a mirar con los ojos de Jesús. Trabajemos concretamente por el bien común, por la justicia y por la paz. Arriesguémonos con valentía, sabiendo que *«hay más alegría en dar que en recibir»*.

Que la Reina de la Paz, nuestra Madre, que supo contemplar con el corazón y ver la gloria oculta en lo cotidiano de la vida de Jesús, nos enseñe a mirar como Él.

Una capilla de adoración perpetua es un remanso de paz abierto día y noche para cualquier persona que busque un momento de recogimiento, silencio. Esta capilla es un faro de oración continua, un rayo de luz sobre toda nuestra Iglesia diocesana.

Que Jesús Resucitado, que intercede por nosotros en el cielo, Él nos espera desde hoy cada hora en la Capilla de Adoración para iluminar los ojos de nuestro corazón. Que siempre sea la fuerza de nuestra oración y la valentía de nuestro caminar. Así participamos del poder del Padre, el poder de adorar y servir.

Dios os bendiga.